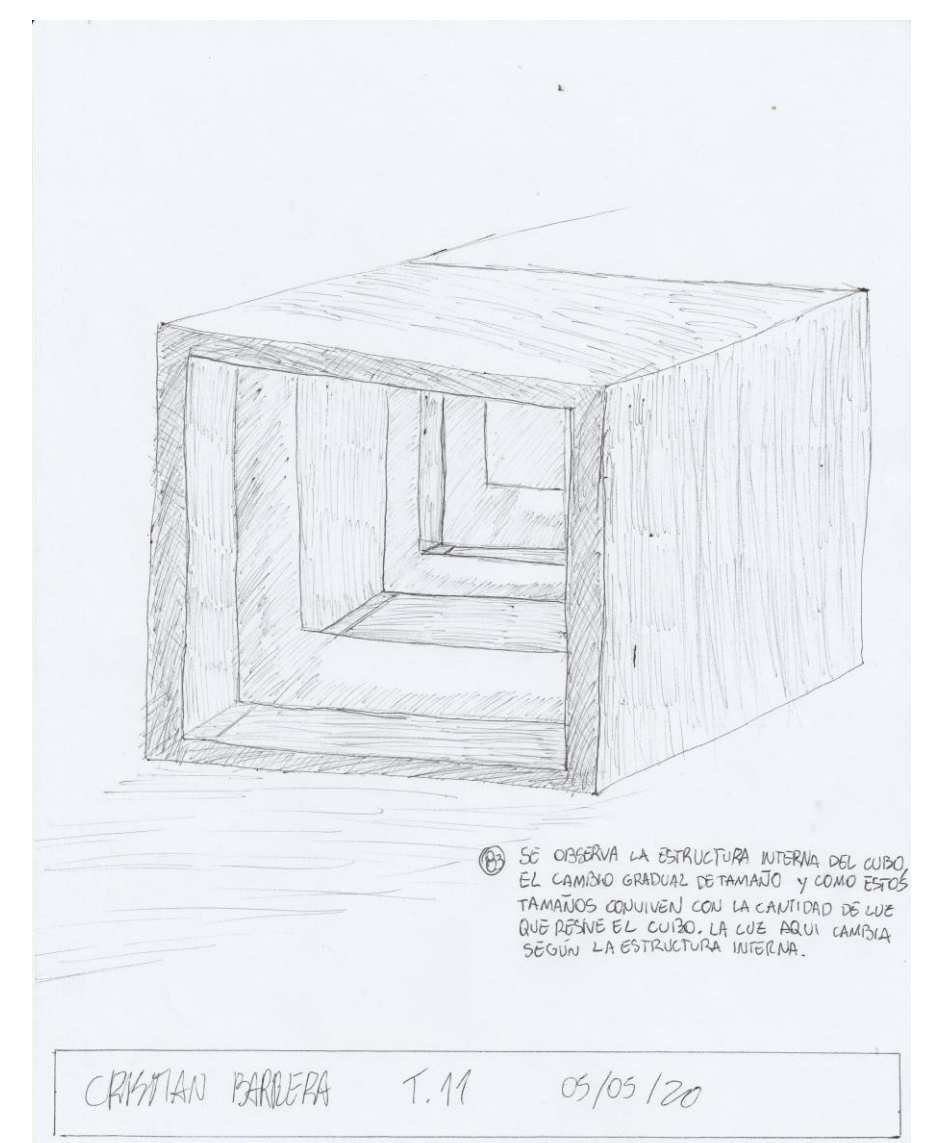
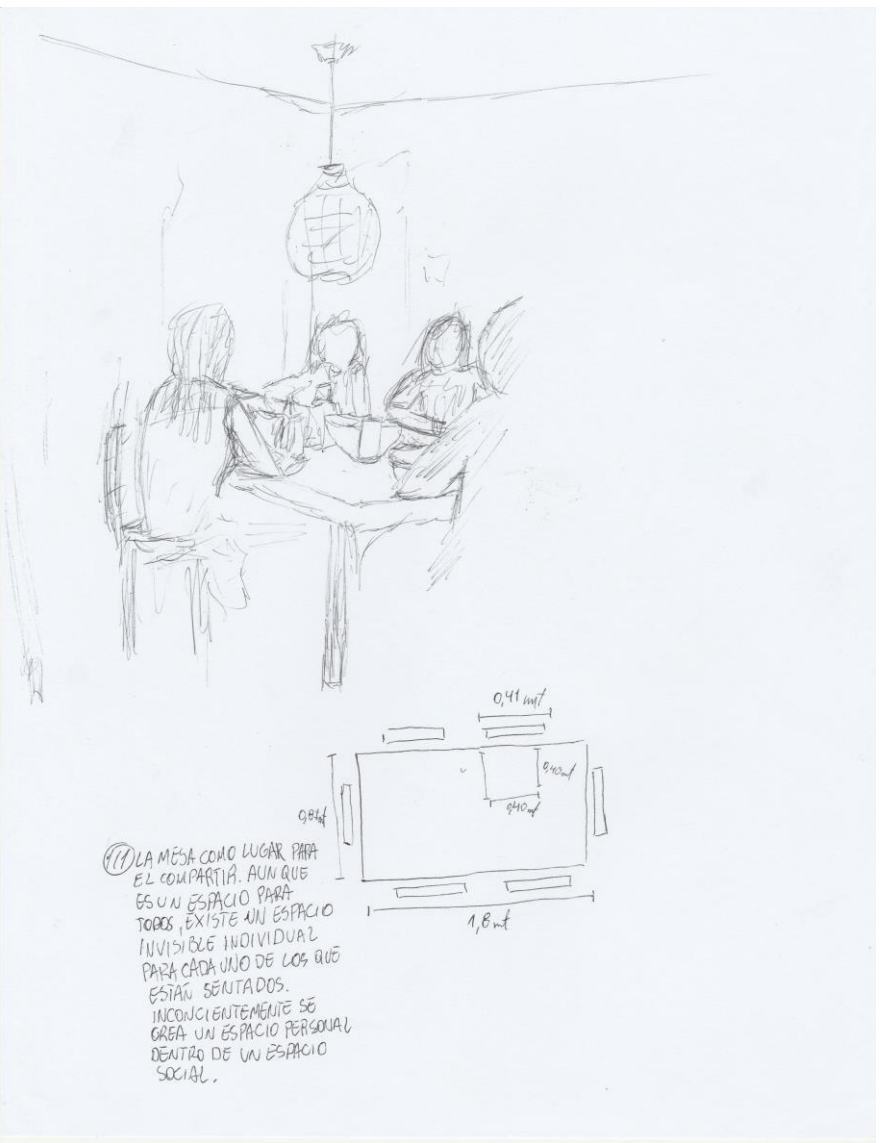
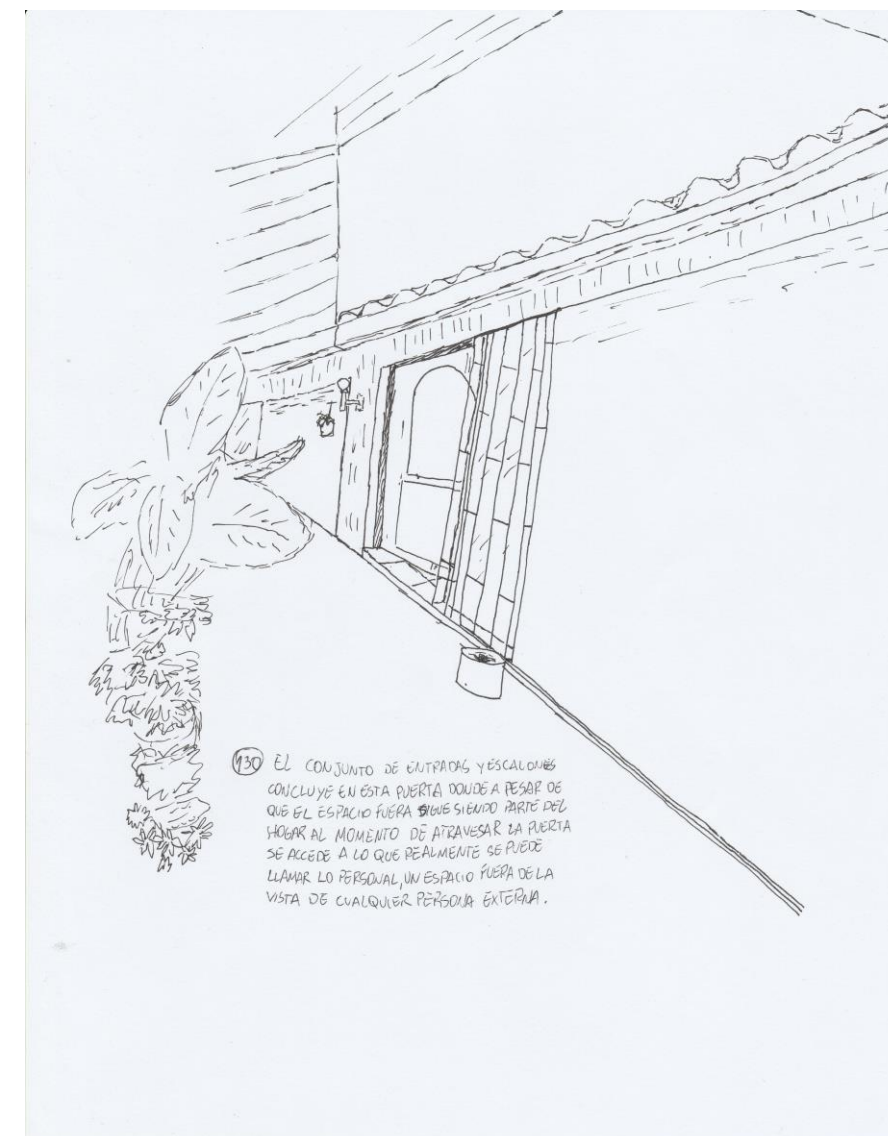
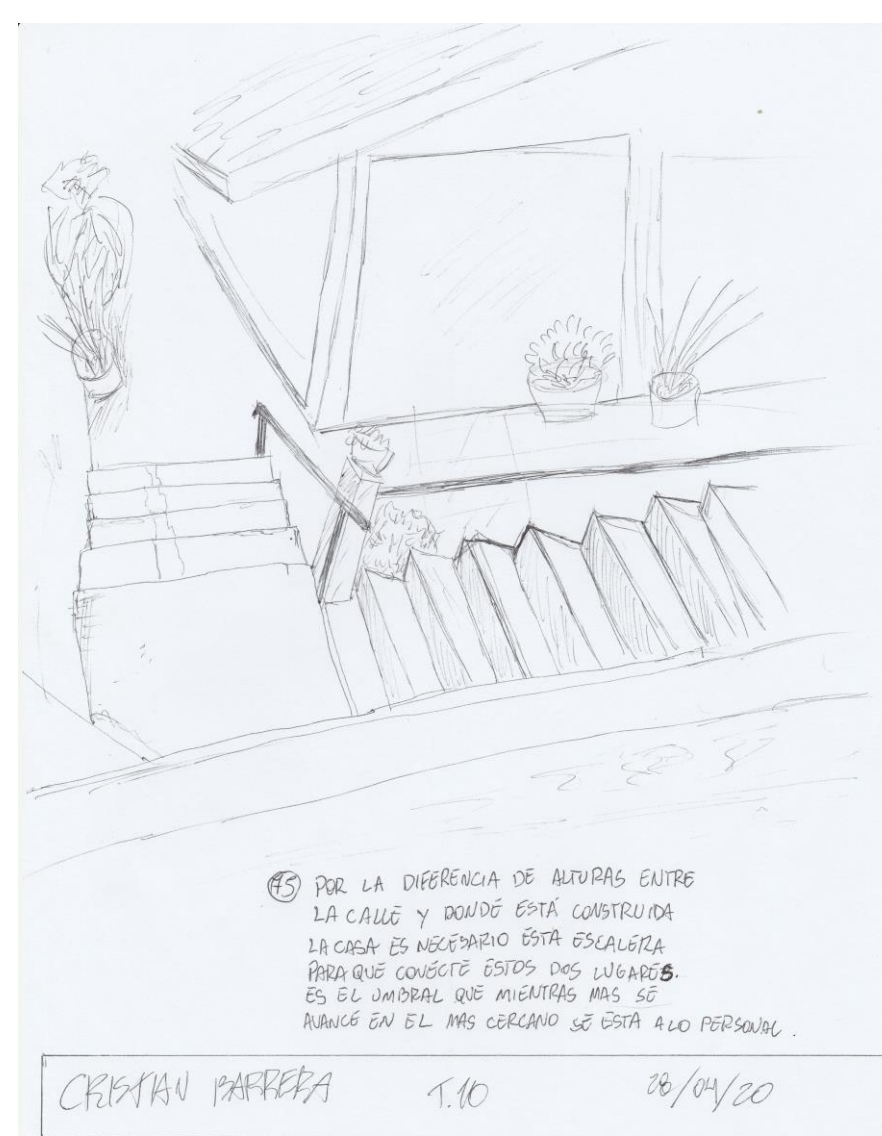


Convergencia entre lo público y privado y el constante encuentro con la luz



Cuando se atraviesa el umbral de una casa se transita de lo social a lo personal. Estos espacios de transición, como puede ser una entrada con jardín o una escalera, podemos llamarlos espacios “casi privados”; en otras palabras, lugares que se encuentran como pueden ser en el caso de los hogares entre opuestos como lo público o el exterior con lo privado o el interior. El paso definitivo al espacio del hogar en sí pasando este espacio “casi privado” es el verdadero espacio propio. En el hogar donde habita más de una persona, existen lugares donde el compartir con otros es inevitable. Quizás este comunicarse tiene relación con una necesidad humana de establecer relaciones, probablemente es una obligación de nuestra existencia y su efecto es mayor si el espacio que habitan es el mismo. Aún así, en el espacio compartido siguen existiendo otros que el habitante puede llamar suyos, algunos más literales como las habitaciones u otros invisibles como el espacio entre los comensales de una cena que se distancian naturalmente unos de otros.

Por otro lado, considerando las características del espacio, es necesario reflexionar respecto de la influencia que ejerce en los actos humanos, como por ejemplo: las medidas, la distribución de los elementos e incluso su forma. Resulta interesante constatar que la luz, un elemento que no corresponde a las características del espacio, afecta directamente en el acto. Ya que tanto su presencia como su ausencia determinan el poder realizar acciones o permiten identificar si esta se realiza o no. La luz está presente en todo acto humano. Aunque solo haya una persona en un lugar siempre la luz será otro habitante presente que interactúa con todas las formas del espacio.